

El cañaveral de los Luases

Por Ramón Pareja

En una de las breves pausas durante el largo período en que permanecí en el Caribe dirigiendo, tuve la extraordinaria ocasión de asistir, durante algunas noches, a un «Gagá» entre cañaverales cerca de un ingenio azucarero en el que aún trabajaban los descendientes de los que fueron esclavos haitianos. Como cada año en Semana Santa, celebraban sus ritos afroantillanos adecuados a tradiciones y santerías cristianas: el sincretismo. Algo extraordinario sucedió una de las noches que asistí. En medio de aquella borrachera de signos, esperanzas, tambores y cuerpos delirantes llegó un personaje sacado de las páginas del mejor Shakespeare. El mejor teatro escrito y lo mágico tribal parecieron coexistir en perfecta armonía aquella noche. Influenciado por aquella locura colectiva, revolución de los pobres, transgresión negra al amparo de la noche y la individualidad de la locura blanca proscrita en los límites de la razón, monté un poco más tarde y no lejos de allí, Marat-Sade. Lo que a continuación narro es simplemente, la crónica de los hechos, apuntes estimulantes para una dirección

Un galope de negros caballos cruzó la noche por el sendero abierto del cañaveral, sacudían el polvo al compás de la tambora, el fototo y otros sonidos lejanos de perros inquietos, respiraban el aire borracho de melaza y sentían las crines apretadas por manos haitianas amazonas que entregaban a la luna la gasa blanca de sus vestidos y ocultaban de su luz, con largos sombreros, sus perfiles de antiguos camafeos. Portaban extensos crespones rojos, verdes y una bandera blanca en la que, aún en la noche se leía: "Lase moi pasé. Soy Mamá Luise desterré de la terre". Eran las mujeres del batey de Mamá Luise que se abrían camino, con ella al centro, entre destellos de nubes viajeras hasta el poblado de chabolas que surgía en un mar de

oscuridades en la abierta explanada apropiada a un bosque de cañas donde el brujo Similá dirigía el gagá¹ en aquella noche mágica de sincretismo².

Cuando los caballos hincaron sus pezuñas cerca del sombrero, la sórdida candela del brujo iluminaba la cara descompuesta de la vieja Salem. En éxtasis poseída por alguna deidad se revolcaba en el suelo levantando cortinas de tierra seca tras la que aparecían las máscaras de la noche para una pesadilla apenas iniciada. Docenas de cuerpos apretados se ahogaban en un frenético ritmo de lejanas herencias tribales componiendo el antiguo rito de la fertilidad para que los Luases³ "montasen" sobre aquellos seres transformados en negros caballos y, como las amazonas de Mama Luise, pudieran también ellos cabalgar entre cañavera-



les por delirantes caminos en noches de Semana Santa, noches de Gagá.

El viejo Similá avanzó con su candela, luciérnaga atrapada en una pequeña jaula de cristal, hasta tropezar con los inmensos ojos de Mamá Luise. Desde su rango saluda a la recién llegada y a su séquito. Entre ritmos trepidantes, chanchos gruñones bajo un manto oscuro que ocultaba pobreza, los dos brujos, hacedores de misterio, hablaron velozmente en un incomprensible criollo. Similá, pequeño, encorvado y en apariencia frágil alargaba sus manos mostrando impotente la pobreza de su gagá. Los tiempos estaban cambiando y las Legionas⁴ de su Santería, a falta de buen ron, estaban desertando hacia otros "bateyes"⁵ de mejor fortuna. Similá, mientras hablaba, olfateaba el aire con la esperanza de que los Luases en-

viasen a un pródigo hombre que pudiese multiplicar los músicos y transformar el agua en ron pero en Semana Santa, por norma, el creador de símiles prodigios descansa muerto y su cuerpo es custodiado por centuriones romanos. Del horizonte sólo llegaba el crujido lamento del milenar molino, oxidado recuerdo de una esclavitud que aún rodaba, murmurando tímidamente, por desgastados raíles cubiertos con despojos de cañas. Por allí nadie llegaría. La Mambo miró a Similá con ternura desde el pozo oscuro de sus ojos, en ellos estaba escrito, y se podía leer, que un hombre de mediana edad con barba y cabellos rojizos llegaría esa misma noche. Mientras cabalgaba lo había visto volar hacia el batey. Mamá Luise entregó seis botellas de ron al viejo, saludó y subió al caballo como el resto de

las amazonas. La tambora imitó con su redoble el galope que se alejaba de aquella encrucijada del tiempo donde macheteros haitianos de ayer y de hoy, protegidos por el olvido, recomponían su verdad sin imposturas. Encubiertos por la soledad y la distancia liberaban sus cuerpos en ditirámicas contorsiones, conspiraban con divinidades africanas para recrear, a través de los siglos y las distancias, la poesía de un rito y también su forma poética de vivirlo.

Una sombra extraña se acercaba al batey, su olor inquietó a los perros que ladraron nerviosos. Similá, saliendo del ovillo humano de los danzantes, fue a su encuentro seguido del Barón⁶ del Cementerio. El hombre que llegaba tenía los cabellos y la barba rojiza o quizás sólo fuese el reflejo de los cercanos fogones. Explicó que venía buscando a

Imagen de un ritual antillano, obtenida por Ramón Pareja en el marco en el que sitúa este artículo sobre "El cañaveral de los Luases".

Helate⁷ y a las Tres Hermanas del Destino. Similá observó que una estrella había atravesado su cerebro dejándolo marcado con la señal indeleble de los heridos y vagabundos de la locura.

Portaba entre sus alforjas el puñal de Lady Macbeth para asesinar impostores y charlatanes, era griego, se llamaba Ariel y volaba sin rumbo orientándose por la brisa limpia que despiden los ritos verdaderos y, como todo poeta que vuela, no llevaba dinero. Esto fue lo que entristeció al viejo Similá pero ya había derramado entre las manos del griego errante los compuestos mágicos,

líquidos que exorcizaban las energías negativas y que Ariel, de iniciado, extendió por su cara y cabeza hasta hacerlo penetrar, a través de los cabellos, a la raíz misma de la razón donde se generaban, según él, las mayores impurezas. Mostró después sus manos húmedas y vacías a la mirada interrogante de Similá: "jamás tuve dinero" y agregó, "¿Cómo podría ayudarte? Tu representación es de una belleza inquietante como el más antiguo y desconocido de los Ritos. Busco el escondido misterio de Macbeth, hijo de un Destino construido por tres brujas, esta noche entre tus gentes".

Similá conocido como Papa Lúa en aquella comarca de chanchos, gallinas y negros cañeros no entendió nada pero, sin dejar de sonreír empezó a bailar mientras crecía a su alrededor una aureola luminosa. A Ariel le pareció ver en ello el flujo que emana de los pertenecientes a una dinastía en extinción; los que, con el machete del trabajo, rompen la pantalla sedosa de la niebla para dejar entrar tropes de divinidades, y hacen del misterio sombras luminosas que, sólo ellos, con ojos de ciego, ven.

Ariel se alejó hasta una explanada, se extendió en el centro y destapó una botella de ron. Desde tan incómoda posición regó, con temple y tino, su memoria. Empezó a sentir las alas lisas y cortantes de los murciélagos que rozaban su cara y exclamó: "¡Vampiresas del alma, devolvedme mi Destino! ¡No veo en el manto del cielo mi estrella!" "El tambor, el tambor! ¡Ya viene Macbeth! ¡Las Hermanas del Destino enlazadas por las manos, mensajeras de mar y tierra dan así tres vueltas por ti, tres por mí y otras tres para hacer nueve! ¡Se consumió el hechizo!" Ariel, loco y solitario, explotó en una contundente carcajada mientras su cuerpo se lanzaba al vacío vertiginoso de una danza griega al compás de la tambora. Sincretismo en la cara oculta de la luna, Similá bailaba con sus cortas piernas de fauno fecundo en la oscuridad de su pueblo intentando juntar, como cada año, el cielo con la tierra para que la desolación que seguía a cada amanecer fuese, finalmente, la representación de una nueva dignidad humana y no el ensayo doloroso de lo imposible.

Como una mata de arañas poseídas, los cuerpos se agolpaban entre sí, y un millar de perros lejanos mordían mil veces el mismo ser hambriento y negro, y Africa se asaba en fogones de piedras, aniquilando el oxígeno en es-

pasmos de seres montados, clandestinidad derretida y piel de tambora con piel de cuerpos sonaban al unísono el mismo reclamo; el relincho agudo del caballo blanco y el alarido triunfal de los Luases entraron con un oleaje de polvo entre el vaho humano y el pestilente de un corral. Era «Magino» «el caballo desaparecido del ingenio azucarero»⁸ eso fue lo que gritó el niño con los tímpanos rotos. Era el furor contra el rompeolas de cuerpos negros. Era, al fin, el esperado Caballo de la Noche parido entre estiércol, ron y danza. Arremetió contra el fuego y cuando sus crines empezaron a arder huyó de sí mismo desapareciendo, hecho llamas entre el bosque de cañas, sembrando a su paso cientos de fuegos fatuos, antorchas de azúcar, luminarias encendidas para un cielo sin estrellas. Hombres, mujeres corrían poseídos apagando el sustento de su vida que se cocía en agua de melaza. El caballo rebelde de la famosa cuádriga, apocalíptico cuadrado, sembró el fuego para plantar semillas de cenizas.

Ariel, provocador demente, arremetía confundiendo una plantación de cañas incendiadas con el bosque de Birnam⁹. «¡Y ahora viene un bosque hacia Dunsiname! ¡A las armas y salgamos! ¡Si es cierto lo que dicen haber visto no hay medio ya de permanecer aquí por más tiempo! Comienzo a cansarme del ron y quisiera ver en este momento la destrucción del universo. Tocad las campanas a rebato. ¡Viento sopla! ¡Ven, destrucción, lo pide Macbeth!» Similá corría despavorido entre el fuego de aquel infierno de desheredados y Ariel implacable aún le decía... «¡Apágate antorcha que sólo brillas un momento!!! ¿Qué es la vida? ¡Una sombra vaga, un pobre cómico que se pavonea, y agita mientras dura su papel en las tablas de un teatro, pero de quien nadie se acuerda un momento después!» y aún "¡Vertamos toda la sangre que se necesita para regar la flor del trono y ahogar las malas yerbas! ¡Partamos hacia Birnam! ¡La Naturaleza revuelta, la locura feliz! ¡Es tu mejor noche Similá...!»

El humo azucarado, las huestes agotadas, "Las Legiones" evaporadas y el campo de batalla envuelto en cenizas. Trapos quemados como banderas y machetes clavados en la tierra, estandartes repletos de signos atravesados por lanzas de cañas. Residuos de una batalla misteriosa y desconocida.

Amanecía con suaves tintes rosados entre nieblas y vapores suspendidos. La palanca del pozo crujía lastimosa-

mente bajo la presión acompasada de alguien que hacía brotar agua, gemidos de niños recién despertados y el monótono roce oxidado del arrogante gallo de hierro sobre una oscura veleta buscando, en el infinito, orientación para la desolación allí reinante. Alguien entre la cenizas de tanta caña quemada, mirando al silencioso gallo, cantó la hora para los que aún dormían. "¡Las cinco oniva sortir!" afirmó con acento criollo el muezín del alba.

« ¡Así como desde el punto donde asoma el sol están la tempestades preñadas de naufragios y siniestros rayos, así salió la desolación del manatí! », dijo Ariel interiorizando el sentimiento de Macbeth. Con rostro extenuado, Similá se alzó componiendo, como una pequeña ave fénix, los harapos colorados sucios de su ropa de gagá. Arreglaba en silencio una a una las tiras y pañuelos de tela como si se tratase de plumas renacidas de la misma ceniza.

Se dirigió a una joven que dormía arropada con un pedazo de tela blanca. Era la vestal elegida.

Con gesto aprendido recogió el machete clavado en la tierra con el que recortó un trozo de su blusa roja que legó en aquel rudimentario instrumento de trabajo. Dirigió la punta del machete hacia su vientre: sacrificio y dolor. A su alrededor, Similá debaricaba sus piernas en un baile que las sobrevividas tamboras con la piel tersa por el calor del incendio, acompañaban con trepidante ritmo.

El telúrico sonido despertó del sueño lo que parecía un pequeño ejército de supervivientes. Protegidos por Petró y Radá, empezaron a dar forma a tanto despojo por allí diseminado hasta parecer una bandada de aves tropicales. Agitaban, como si fuese alas, los sucios colores de los harapos.

Una y otra vez repetían el ensayo empujando la danza hacia arriba, hacia la cima, como Sísifo su piedra, para una vez llegados, dejarla rodar por el vacío efímero de un vértigo que sólo ellos sentían. Finalmente, iniciaron la marcha parándose en cuantos cruces de caminos se encontraban, hasta que se alejaron con sus vistosos colores por el verde pálido de altas cañas que bordeaban el horizonte. Un automóvil polvoriento, se cruzó con aquella grotesca comitiva y tras detenerse, alguien con una cámara fotográfica, surgió de su interior llamando a Similá, quizás por su apariencia frágil y patética. Sus retales descoloridos y su cuerpo tiznado era, efectivamente, un raro ejemplar

viviente para el álbum recuerdo de un safari antropológico. Similá, dócil por tradicional sometimiento, y quizás también por alguna mísera recompensa, se detuvo. Las pocas monedas que volaron por el aire, las recogió pensando en la deuda con sus músicos. Las refracciones del sol le devolvieron el espejismo del grupo. Caminaban bailando sin compás hasta perderse, por un punto del que ahora sólo llegaba el eco mortecino de la tambora. Similá rezagado, corría entre el polvo. "Así lo vieron otros pero yo no", dijo Ariel, "Tratándose de un último brujo de una dinastía en extinción lo ví volar con las alas coloradas de sus pañuelos prendidos a la

cintura, como un ruiseñor escapado de la última noche de los sueños. ¡Los sueños! -exclamó Ariel antes de que también él iniciase el vuelo a través de la levedad de su nombre, ¡Ariel!, hacia otros oasis de antiguos ritos no sin que antes exclamase una dramática sentencia: «*No dormirás Macbeth. Mata el sueño, el inocente sueño que de la enmarañada madeja de nuestros males hace un perfecto ovillo de seda; el sueño, muerte suave de la vida de cada día, bálsamo de las almas heridas, segundo servicio en la mesa de la naturaleza, el manjar más nutritivo en el banquete de la vida... ¡Macbeth no dormirse más!*»

NOTAS:

¹ **Gagá:** equivalente haitiano del vodú en los ingenios azucareros en la R. Dominicana.

² **Sincretismo:** adecuación entre los santos cristianos y la santería del rito vodú.

³ **Luases:** Espíritus superiores en la santería vodú.

⁴ **Legiones:** sistema de agrupación de la santería vodú.

⁵ **Batey:** lugar de vida, trabajo y religiosidad afrohaitiana.

⁶ **Barón del Cementerio:** Espíritu de la religión vodú.

⁷ **Helate y las tres hermanas:** Espíritus mágicos en *Macbeth* (Shakespeare).

⁸ **Ingenio:** lugar donde se trabaja la caña de azúcar.

⁹ **Birnam:** *Macbeth*, acto V, escena V.

«Diagnosís»

Experimento teatral médico

Por Ignacio Calvache

Introducción

Mi doble condición de médico y director de escena me ha llevado, reiteradas veces, a plantearme si existe una posible vía que conjugue ambas artes.

Durante mi estancia en Chile el pasado año, tuve oportunidad de iniciar la investigación práctica de dicho tema. El trabajo se llamó *Diagnosís*, fue realizado con la subvención del Goethe Institut de Santiago y la colaboración del Departamento de Medicina Interna de la Universidad Católica en Santiago. Considero que los resultados son lo suficientemente interesantes para comunicarlos a los compañeros de profesión.

Objetivos

El objetivo era crear una propuesta teatral innovadora, a partir de una reflexión crítica, sobre el ejercicio de la medicina convencional contemporánea.

Dentro del amplio campo de la medicina, nos centramos en el terreno de la entrevista médica y, concretamente, en la relación médico-paciente que se genera a lo largo de dicha entrevista.

S. Cohen-Cole dice en su libro *The Medical Interview*: "Los expertos consideran que la entrevista médica es más importante que la exploración física o de laboratorio para arribar a un correcto diagnóstico. Quizá dos tercios del diagnóstico pueden ser efectuados por la sola historia clínica, sin perjuicio de las innovaciones tecnológicas de la medicina moderna".

Nosotros hemos querido destacar la trascendencia de la relación humana en el acto médico. Los aspectos comunicativos son esenciales y si fallan pueden arrastrar el fracaso del tratamiento. Beckman y Frankel, en un estudio hecho entre internistas, encontraron que en un 69% de las entrevistas los doctores interrumpieron a sus pacientes dentro de los primeros 18 segundos; y demostraron que estas interrupciones llevaron a disminuir la precisión en el entendimiento del problema del paciente. También detectaron que, en el 77% de las entrevistas estudiadas, las razones por las que el paciente acudió a la consulta no salieron completamente a la luz.

La consulta médica

Es un espacio excepcional. En su interior se enfrentan dos personas generando una relación de intimidad única. Desde el momento que se cierra la puerta se establece un acuerdo de mutua confianza: todo se puede preguntar, todo se debe responder, pues esto es beneficioso y por lo tanto aceptable. En la relación anida la esperanza de una curación; mientras esa esperanza perdure, la relación tendrá sentido. Pero también existe la posibilidad de una relación no armónica, en la cual el enfermo ejerce su capacidad crítica, su capacidad de enfrentamiento a un despotismo que ignore sus sentimientos o sus necesidades. O una relación en la cual el médico denuncia la falsedad, aparta las máscaras que esconden otros intereses tras la apariencia de una patología.

La propuesta

Nuestra propuesta se desarrolla en una consulta moderna especialmente aséptica. Allí el paciente, prisionero en